

QUÉ BIEN, QUE...
por Francisco-Manuel Nácher

Siempre me ha parecido sugestiva la recomendación reiterada por Max Heindel de ver el lado bueno de las cosas, de descubrir lo bueno y lo bello y lo agradable y lo amable y lo positivo en todo y en todos.

Una voz interior me ha dicho siempre que ese era el secreto de la felicidad. Porque, si sólo vemos lo positivo en cuanto nos rodea y nos sucede, ¿cuándo vamos a tener ocasión ni motivo para sentirnos desgraciados?

Pero, cuantas veces lo he intentado, la decisión de buscar lo positivo, y sólo lo positivo, pronto se ha debilitado en medio de lo que llamamos “los avatares de la vida”, y me he visto sumido en la perplejidad anterior, de saber que algo es bueno y querer alcanzarlo y, sin embargo, sentirme incapaz de ello. Situación ésta que, frecuentemente me ha conducido a la justificación empleada por la zorra de la fábula frente a las uvas en sazón y apetitosas, pero inalcanzables: “No las quiero comer; no están maduras.”

No era exactamente un no querer esas uvas tentadoras, sino un sentimiento, ahora comprendo que una excusa, que me hacía convencerme de que mi evolución, mi fuerza moral, no había alcanzado aún esa posibilidad de ver sólo lo bello y lo bueno en cuanto entrara en contacto conmigo.

No obstante esa forzada resignación, en mi interior, mi subconsciente seguía buscando la fórmula apropiada para hacer fácil y accesible lo aparentemente imposible. Porque, de eso sí que estaba seguro: Si Max Heindel lo aconsejaba, era porque que existía un medio, relativamente fácil, de conseguirlo.

Y creo haber dado con él. Y os lo quiero brindar porque, aunque os asombrará por su simplicidad, es efectivo y sirve para cualquier situación, circunstancia, persona, sentimiento y suceso... incluso, cada vez que fallamos y caemos y damos un paso atrás. Consiste, simplemente, en una especie de juego. Un juego que podríamos llamar **el Juego del “qué bien, que...”**

Porque, como veréis a continuación, podemos estar jugando a él durante todo el día, adquiriendo fácilmente el hábito de emplearlo con gran beneficio y ampliación de conciencia, viendo lo maravillosa que es toda la Creación, permaneciendo en una elevada vibración que tiende, cada día a incrementarse, gracias a la gratitud, la luz, la comprensión y el propósito de seguir el Sendero que nos embargan. Es un juego que, sin duda ninguna, crea adicción. Pero una adicción positiva, que nos hace mejores.

Fijaos cómo es aplicable a todo en los ejemplos siguientes en que empleo, precisamente, los pares opuestos.:

- **Qué bien, que** tengo trabajo y puedo desarrollar mis ilusiones.

- **Qué bien, que** no tengo trabajo, y ello me hace desearlo y valorarlo y esforzarme por conseguirlo y tener claro que, cuando lo tenga, no lo despreciaré sino que lo consideraré un bien muy preciado.

- **Qué bien, que** esta persona coincide conmigo, porque ello hace que nos encontremos a gusto juntos y compartamos muchas cosas.

- **Qué bien, que** esta persona es opuesta a mí, porque me hace reflexionar sobre mis posibles errores, sobre todo el abanico de puntos de vista posibles, y sobre la obligación que tengo de escuchar las opiniones de los demás, reflexionarlas y prestarles la atención que deseo presten a las mías.

- **Qué bien, que** estoy sano y puedo vivir mi vida sin dolores ni limitaciones físicas ni psíquicas.

- **Qué bien, que** estoy enfermo y ello me hace buscar las causas de mi enfermedad y recordar que el karma que pago ya no lo debo, y acordarme de poner en funcionamiento causas positivas para recibir en su día efectos positivos.

- **Qué bien que** tengo dinero y puedo vivir con desahogo y ayudar a los que están peor que yo.

- **Qué bien, que** no tengo dinero y ello me hace valorarlo y me hará no volverlo a malgastar cuando lo tenga, y reflexionar sobre el karma y la necesidad del esfuerzo y la fe.

- **Qué bien, que** he estudiado, soy aceptablemente culto y puedo disfrutar de esos conocimientos y de unas lecturas y materias que, de otro modo, me estarían vedados.

- **Qué bien, que** no he estudiado y ello me hace ver lo interesante y hasta lo necesario que resulta, y me hace buscar la

manera de adquirir algún conocimiento que no tengo y, así, evolucionar más deprisa.

- **Qué bien, que** he sabido responder a esa persona que quería ofenderme y así, por un lado, he evitado ponerme negativo y, por otro, le he enviado una vibración de amor y, además, le he enseñado que hay una manera más agradable de relacionarse con los demás.

- **Qué bien, que** he fallado y he respondido inconvenientemente a esa persona, porque ello me ha hecho reflexionar y arrepentirme y darme cuenta de que aún no he avanzado todo lo que creía, y tenerle que pedir disculpas, y proponerme no volver a caer en el futuro.

- **Qué bien, que** voy conduciendo mi coche sin estorbos ni problemas.

- **Qué bien, que** me han hecho un adelantamiento indebido y he podido comprobar lo peligroso que resulta y prometerme no hacerlo nunca. Y, de paso, le he enviado una vibración positiva al conductor imprudente.

- **Qué bien, que** es primavera y los pájaros cantan y las plantas florecen y el mundo todo se llena de vida y de alegría, y yo con él.

- **Qué bien, que** es verano y el sol lo llena todo y la luz, que es Dios, nos envuelve, y Dios madura las cosechas que nos nutrirán en los meses venideros.

- **Qué bien, que** es otoño y la temperatura no es extrema y la vida se ralentiza y las vibraciones de Cristo comienzan a penetrar en la atmósfera.

- **Qué bien, que** es invierno y apetece el calor del hogar y el refugio de la familia y Cristo lo llena todo con Su vida...

Como veis, no hay ocasión, persona, acontecimiento, fenómeno o sentimiento a los que no se pueda aplicar **el juego del “Qué bien, que...”**, que nos hace reflexionar permanentemente, desarrollar el discernimiento, repasar las verdades que conocemos y, en una palabra, “vivir la vida” como nuestra Filosofía nos dice que hay que vivirla: conscientemente.

Y no os digo más. Jugad, adquirid la adicción y ya juzgaréis vosotros mismos.